

LA RECONCILIACIÓN EN LA BIBLIA Y EL MONAQUISMO⁵⁶

Como es ya del conocimiento del pueblo católico, el programa de espiritualidad del Año Santo comprende las notas de renovación y reconciliación. En cierto modo, esta última implica la primera y constituye una de las tareas fundamentales de la vida cristiana. Conscientes de esto, propondremos aquí algunas reflexiones sobre reconciliación: 1) a la luz de textos bíblicos y 2) en confrontación con la vida monástica, hoy.

I. EL MENSAJE BÍBLICO

Puede decirse que la idea de reconciliación es el contenido mismo de las Sagradas Escrituras. Estas, en verdad, tratan de la Alianza de Dios con los hombres,... Alianza que fue concertada, en el estado original, con el género humano representado por Adán, violada por el pecado y finalmente restaurada por obra del nuevo Adán, Jesucristo.

Hacia la figura y la obra de Jesucristo convergen todas las líneas de la historia de la salvación; ahora bien, Cristo tiene claramente las funciones de Mediador, Sacerdote o Reconciliador de los hombres y del mundo con el Padre. Por esto, con razón se puede decir que la historia de la salvación descrita por las Escrituras es la historia de la reconciliación; ésta viene a ser el tema central que desarrollan, cada uno a su modo, los libros de la Antigua y de la Nueva Alianza.

Pero el concepto de “reconciliación” supone precisamente ruptura, división, disgregación motivadas por la falta de amor o por el odio.

El pecado es el gran factor que disgrega a los hombres, apartándolos de Dios y dividiéndolos entre sí. Por lo tanto, en último análisis, la reconciliación bíblica viene a ser una total victoria del amor sobre el pecado, o del bien sobre el mal.

Veamos cómo se la concibe y presenta en los escritos del Nuevo Testamento.

1. *Iniciativa de Dios*

Los textos paulinos describen en forma dolorosa la situación de la humanidad herida por el pecado; fijémonos, por ejemplo, en lo que se dice en *Rm* 1,3; *Ef* 2,1-3.11ss. Entregados a la insensatez, a la ignorancia, a los desmanes, los hombres no se podían librar de tal estado, pues el pecado es el rechazo voluntario de la luz. “Todo el que obre el mal, aborrece la luz” (*Jn* 3,20)... Es una esclavitud: “Todo el que comete pecado, es un esclavo” (*Jn* 8,34).

Por consiguiente Dios mismo se adelantó a reconciliar consigo a los hombres. Él, que por amor creó a la humanidad, no podía contradecir este amor, pues en Dios todo es Sí, e irreversiblemente Sí. Él nos amaba aún cuando éramos enemigos suyos (cf. *Rm* 5,10). Envío entonces a la tierra a su propio Hijo, quien murió por nosotros (cf. *Rm* 5,8). El apóstol puede, por tanto, decir: “Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación” (*2 Co* 5,18).

En otros términos: La reconciliación de los hombres con Dios es obra del gran amor con que Él

⁵⁶ Tradujo: Hna. Marta María Caviglia, osb. Abadía de Santa Escolástica.

nos amó, y... nos amó primero, desde toda la eternidad (cf. *Ef 2,4; 1 Jn 4,10*).

Esta nota de la reconciliación cristiana -ser de iniciativa divina- es sumamente importante, pues pone claramente en evidencia que en el cristianismo todo es gracia; el hombre no fuerza a Dios; no hay rito con que los hombres puedan liberar mágica o infaliblemente el don de Dios. En otros términos: el hombre no puede reconciliar consigo a Dios, sino que es Dios quien reconcilia consigo al género humano. “Cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios (*kateellageemen too theoo*)”, dice el Apóstol (*Rm 5,10*).

Al proceder a ese acto de amor, diríase que Dios da un voto de confianza al hombre. Él no fuerza al hombre a aceptar su gracia, sino que le ofrece su don admirable. No le es lícito al hombre asumir una actitud meramente pasiva: la gracia de Dios, sólo es eficaz en aquellos que por la fe dan su consentimiento. Es esto lo que motiva la ardiente exhortación del Apóstol: “Os suplicamos en nombre de Cristo: dejaos reconciliar con Dios” (*2 Co 5,20*).

2. *Recreación*

La reconciliación cristiana no es sólo un acto de perdón por el cual Dios no tiene ya en cuenta las culpas de los hombres (cf. *2 Co 5,19*); viene a ser una nueva creación, como lo expresa el Apóstol: “El que está en Cristo es una nueva creación. Pasó lo que era viejo, todo es nuevo” (*2 Co 5,17*). El hombre reconciliado entra en comunión de vida con el Padre y el Hijo (Cf. *1 Jn 1,3*); se torna hijo de Dios no sólo de nombre, sino en verdad (cf. *1 Jn 3,1*). Todos, por Cristo y en un solo Espíritu, tienen acceso al Padre (cf. *Ef 2,18*).

De este modo la recreación del hombre alcanza dimensiones cósmicas...

3. *Reconciliación universal*

Los autores bíblicos manifiestan la conciencia de que existe estrecha solidaridad entre el universo (*makrokosmos*) y el hombre (*mikrokosmos*). Por eso la caída del hombre por el pecado implica desorden y desarmonía para el mundo visible que lo rodea: “¡Maldita sea la tierra por tu causa!... Ella te dará espinas y abrojos” (*Gn 3,17ss*). Por consiguiente, la reconciliación del hombre con Dios ha de implicar renovación de la naturaleza irracional, la que sujeta por ahora por la insensatez del hombre, está como gimiendo a la expectativa de que se manifieste la gloria latente de los hijos de Dios (cf. *Rm 8,19-22*); entonces las criaturas irracionales ya no servirán al pecado del hombre (pues éste habrá sido liberado del yugo del pecado), mas tributarán, con el hombre, la alabanza debida al Creador.

Los horizontes del Apóstol se dilatan más aún: considera no sólo a las criaturas que están en la tierra, sino también a las que están en el cielo, y afirma que los hombres reconciliados con Dios por la sangre de la Cruz de Cristo también fueron reconciliados con los espíritus celestiales (cf. *Col 1,20*); el Apóstol supone que éstos eran como extraños para los hombres porque los hombres se habían apartado de Dios.

Observemos, por último, que san Pablo menciona aún otro aspecto de la reconciliación universal: la de judíos y gentiles. En tanto que aquéllos eran los depositarios de la Palabra de Dios y de las promesas mesiánicas, éstos erraban en sus pensamientos y actos, “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (cf. *Ef 2,12*). Pero la Cruz de Cristo aproximó a unos y otros. “El es nuestra paz, el que de ambos pueblos hizo uno, derribando el muro de enemistad que los separaba... reconciliando a ambos en un solo cuerpo con Dios por medio de la cruz” (*Ef 2,13-16*).

Así también los hombres fueron nuevamente hermanados entre sí por obra de Cristo Salvador.

En suma, vemos que la reconciliación, en la Biblia, asume facetas diversas: 1) reconciliación de los hombres con Dios, 2) reconciliación de los hombres entre si, 3) reconciliación de los hombres con los ángeles, 4) reconciliación del mundo irracional con el Señor Dios, mediante el hombre.

Pues bien, el mensaje bíblico así concebido es propuesto por el Santo Padre Pablo VI como tema y programa de espiritualidad de los fieles católicos en el próximo Año Santo. Veamos lo que este tema tan denso puede significar para la Iglesia en general y para los monjes en particular.

II. RECONCILIACIÓN, IGLESIA Y MONAQUISMO

1. *Reconciliación en general, hoy*

Los discursos de Pablo VI que tratan de la programación del Año Santo, presentan el sentido concreto que debe tener la reconciliación para el pueblo de Dios. He aquí la gama de aspectos que esta tarea reviste para los fieles católicos en la perspectiva de 1975.

1) Trátase, ante todo, de la reconciliación de los hombres con Dios. Todo hombre, y de modo especial el cristiano, es interpelado. Es preciso, pues, que los fieles católicos (y digamos enfáticamente: los monjes) aprovechen la ocasión para emprender con aún mayor seriedad y coherencia la obra de su conversión personal; todos los días debemos reafirmar nuestra aversión al pecado y nuestra conversión a Dios. Pero sabemos que la gracia de Dios es más rica e insistente en el período del Año Santo. San Pablo parece repetir con renovado apremio: “Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios... este el tiempo propicio; estos son los días de la salvación” (2 Co 6,1 ss.).

S. S. Pablo VI hace eco a estas palabras cuando dice: “Considerad el Año Santo como la apertura de un período nuevo... no como un acontecimiento cualquiera aislado, entre los muchos de nuestra historia, sino como un principio, un hecho fecundo... Consideradlo como una ocasión grande y propicia... ‘tiempo favorable y día de salvación’, que será para nosotros una bendición si lo sabemos acoger debidamente, o una gran responsabilidad si, por inconsiderada inadvertencia o por maliciosa oposición, lo dejamos pasar” (Audiencia General del 23 de mayo de 1973).

2) Está claro que reconciliándose con Dios, el hombre se reconcilia consigo mismo, o sea, vuelve a encontrar su identidad, su razón de ser, sus puntos cardinales. Esta verdad puede comprenderse bien si se tienen en cuenta las palabras del Apóstol: “En Dios vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17,28). Esto significa que quien encuentra a Dios, encuentra también la respuesta para sus grandes interrogantes personales y sabe valorar genuinamente su ser y su vida.

Son palabras de Pablo VI: “Llegó el momento de rever nuestra adhesión a Cristo... Llegó el momento en que se torna apremiante la necesidad de una total toma de conciencia sobre el valor supremo y los valores subalternos. Es hora de opción, meditada y comprometida, sobre el carácter general que queremos imprimir a nuestra existencia: ¿cristiano, o no?, que en definitiva quiere decir: ¿auténticamente humano, o no?” (Audiencia general del 16 de mayo de 1973).

3) La reconciliación del hombre con Dios y consigo mismo ha de implicar consiguientemente, la reconciliación de cada hombre con su prójimo. ¿Y quién ese prójimo?

Aparece en tres sectores distintos:

a) Dentro de la Iglesia católica, el prójimo es mi hermano en la fe, que no siempre

piensa como yo pienso, ni procede siempre como yo procedo y que, por esto, yo podría colocar en un “partido” diferente de “mi partido” . Yo me consideraría de la facción de Pedro y a él lo colocaría en la facción de Pablo o en la de Apolo (cf. *1 Co* 1,12). Se sabe cuánto peligro hay de que esto suceda en la actual fase de transición y renovación de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos exhorta: “Promovamos en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, admitiendo todas las legítimas diversidades” (Const. *Gaudium et Spes*, 92b).

b) Dentro del gran pueblo cristiano (casi un billón de hombres sobre la faz de la tierra), el prójimo a quien debo procurar reconciliar es el hermano separado, el cristiano no católico. Este está en comunión no plena con la única Iglesia de Cristo; debo procurar con amor humilde, paciencia y abnegación hacerlo llegar a la comunión plena de la Iglesia.

c) En el mundo en general, la reconciliación deberá alcanzar a los hermanos en conflicto por motivos políticos, económicos, raciales, religiosos... Es muy amplia la escala de litigios, divisiones y rupturas que hoy en día afligen a la humanidad y violan el sentido de fraternidad entre los hombres. Este cuadro clama al cristiano y no le permite quedar indiferente.

Son estos los diversos significados de reconciliación que los documentos de la Iglesia ya han sugerido como objeto de la atención especial de los fieles católicos en los próximos meses.

Nos preguntamos ahora: ¿Y los monjes? ¿Qué papel les podría tocar en el programa de reconciliación?

2. ¿Y los monjes?

1) La reconciliación del hombre con Dios y consigo mismo no es sino el clásico programa de vida monástica. Claro está que en estos tiempos se impone a nuestros monasterios de manera aún más apremiante. Mas la reconciliación de los hermanos con el Padre y entre sí ¿podría ser asumida también por los monjes y las monjas, cuya vida queda determinada por las tareas claustrales? Parecería que la reconciliación universal preconizada por la Iglesia es, ante todo, obra de los pastores de almas (obispos, presbíteros), de los apóstoles laicos o de los católicos militantes en política, en economía, en los organismos nacionales e internacionales... ¿Qué podría hacer el monje en los vastos sectores de la reconciliación?

Reconocemos que hay monjes y monasterios dedicados habitualmente o al menos a título de excepción, a tareas pastorales. Claro está que estos monjes tendrán en los meses próximos la ocasión de empeñarse de un modo nuevo en la tarea de reconciliación de sus hermanos con el Padre y con los hombres. Pero, abstracción hecha de estos casos de compromiso pastoral, podemos afirmar lo siguiente:

Justamente por el hecho de que intentar reconciliar a los hombres con Dios y entre sí es tarea muy vasta y ardua, los monjes están especialmente llamados a participar de ella. Sí; la fe nos enseña que las grandes cuestiones de la historia de la humanidad no se resuelven solamente recurriendo a reuniones, planes de trabajo, organización técnica, sino que, en definitiva, se deciden junto a Dios, en aquella lucha que es la lucha de la oración (cf. *Rm* 15,30; *2 Cor* 1,11). Esta es la que obtiene fecundidad y éxito para las empresas de la ciencia y de la técnica humanas.

Ahora bien, si todos los cristianos deben practicar la oración, es a los monjes en particular a quienes el Señor quiso confiar esta tarea de oración explícita; los monasterios son, por excelencia, casas de oración. Y puesto que no puede haber oración o mística auténtica sin

ascesis o mortificación, se comprende que el ejercicio fiel y cada vez más consciente de la observancia monástica (*ora et labora*) viene a ser una de las grandes contribuciones que el monaquismo puede y debe aportar al programa de reconciliación universal del Año Santo.

2) La Sagrada Escritura misma nos muestra cómo Dios quiso valerse de sus amigos para conceder gracias a la humanidad. La oración de los justos es altamente valorada en las páginas bíblicas. Recordaremos los siguientes pasajes que nos presentan a auténticos ministros de reconciliación:

- En *Gn 18,23-33* Abrahán intercede por Sodoma y obtiene para esta ciudad la salvación, a condición de que se encuentren en ella diez justos. Sodoma habría sido reconciliada con Dios en vista de la oración y de la santidad de vida de algunos pocos justos.

- En *Gn 20,7*, Dios prevé la mediación de Abrahán en favor de Abimelec (Abrahán es designado como “Profeta, que orará por ti”); esa oración fue agradable a Dios y obtuvo lo que pedía (cf. *Gn 20,17 ss.*).

- Moisés intercedió en favor del pueblo prevaricador (cf. *Ex 32,11-14. 30-32*), que así fue preservado del castigo. Por la oración, Moisés fue repetidas veces un puntal del Israel infiel (cf. *Dt 9,7-29*).

- Moisés fue también mediador en el caso de la lepra de Miriam (cf. *Nm 12,13ss*) y con ocasión de las serpientes venenosas que atacaron a los israelitas cerca de Hor de la Montaña (cf. *Nm 21,4-9*).

- A Jeremías, Dios le ordenó más de una vez que no suplicase en favor del pueblo, pues era necesario corregir a la gente de Judá (cf. *Jr 7,16-21; 11-14; 14,11*). Estos textos manifiestan cuánto aprecia el Señor la oración del justo.

- La figura del Reconciliador por excelencia es la del Servidor de Yahvé descrita en *Is 52,13-53,12*. Inocente y amigo de Dios, él se entrega en favor de sus hermanos: “Si se da a sí mismo en sacrificio expiatorio verá descendencia numerosa, alargará sus días y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano” (*Is 53,10 ss.*).

3) Se puede afirmar que, de entre las numerosas tareas que deben ser ejercidas en el pueblo de Dios, toca a los monjes la de aquellos amigos del Señor que en la Biblia aparecen como carentes de ministerio sacramental o institucional, pero llenos de amor a Dios y al prójimo; entregados a la oración asidua, esos amigos de Dios tórnense ocasión para que Él derrame sobre la humanidad copiosas gracias de conversión y de reconciliación.

Sigan, pues, los monjes y las monjas ejerciendo fielmente esa tarea en la Iglesia, seguros de que, con ocasión del Año Santo, es particularmente grata a la Iglesia.

4) Finalmente, no podríamos dejar de recordar que, en 1940, el monaquismo resurgió en el seno del Protestantismo, teniendo precisamente la reconciliación como una de sus grandes tareas. Los monjes de Taizé, en Francia, se dedican, en efecto, a esa obra mediante la oración y el testimonio de su vida casta, pobre y obediente; practican además la hospitalidad (virtud muy benedictina), recibiendo en sus dependencias numerosos grupos de católicos, protestantes y ortodoxos que quieren encontrarse con Dios, con los hermanos y consigo mismos, en el ambiente monástico de Taizé. Justamente a la entrada de la iglesia del monasterio se lee en francés, alemán e inglés la notable inscripción-programa:

“VOSOTROS QUE ENTRÁIS AQUÍ, RECONCILIÁOS:
EL PADRE CON SU HIJO,

EL MARIDO CON SU ESPOSA,
EL QUE CREE CON EL QUE NO CREE,
EL CRISTIANO CON SU HERMANO SEPARADO”.

Respecto a esto escribe Roger Schutz, miembro de la comunidad de Taizé:

“No pensábamos en absoluto que el silencio de nuestro retiro se transformase en lo que es hoy, Taizé: lugar al que las personas acuden para orar por la reconciliación.

A todos aquellos que acuden aquí deseamos decirles y repetirles incesantemente lo que está en el frontispicio de la iglesia: que el padre se reconcilie con el hijo, el marido con su mujer, el que cree con el que no puede creer, el hermano de una determinada confesión con el hermano separado.

La oración de nuestra comunidad, en medio de esos peregrinos consiste, en cierto modo en repetir con ellos: ‘Míranos, Señor, ve lo que hoy somos: divididos, separados por la historia, incapaces de hacer la unidad’. En efecto, hombres y mujeres acuden para orar por la reconciliación de una esposa con su esposo, de un hermano con su hermano. Todas esas intenciones de la oración son puestas por escrito y se nos confían. Las llevamos en nuestra oración personal, ciertos de que el ecumenismo es la reconciliación del hombre con Dios, luego del hombre con el hombre, en la familia, en la profesión, en el medio ambiente. Sólo a partir de esas reconciliaciones inmediatas podemos lanzarnos hacia esa gran reconciliación universal de todo en la Iglesia una” (*Fêtes et Saisons*, n. 191, enero 1965, p. 24).

El apostolado de Taizé no está fuera de las líneas del monaquismo católico. Hay monasterios benedictinos que se dedican con especial cariño al servicio de la hospedería, promoviendo encuentros, retiros, días de estudio. Estos monasterios, no sólo por la oración, sino también por su acción apostólica, se tornan focos de reconciliación para los hombres de hoy.

En suma, puedan estas líneas avivar en nosotros la conciencia de que reconciliación y monaquismo son valores íntimamente asociados entre sí, de modo que el Año Santo, con su llamado a la reconciliación, viene a ser al mismo tiempo un llamado a una vivencia más profunda y consecuente de la vocación monástica.

*Mosteiro de São Bento
Rio de Janeiro – Brasil*